

Las piedras de Venecia

John Ruskin



Elevar a la categoría de arte únicamente aquello que tiene un fondo moral es una de las principales ideas de John Ruskin. Sus teorías, hoy insostenibles, produjeron en la época una gran impresión, por la vehemencia con la que las expuso y por la sonoridad de la prosa con la que las plasmó. La arquitectura, como el arte en general, se convirtió para él en un movimiento ético y religioso, defendiendo que el aspecto de los edificios contribuía a la salud, a la fuerza y al placer del espíritu. Condenó el Renacimiento, convencido de que un arte vicioso producía hombres de mala condición, de ahí su esteticismo moral y su defensa del ornamentalismo ligado a la mejora de la sociedad. Dijo: “No puedo, de ninguna manera, concebir la arquitectura sin color”.

(...)

27. Con respecto a esto, fijaos tan sólo en que el grado más alto de comprensión es alcanzado gracias al color, sin el cual la obra sería correcta. Puesto que no existe ninguna diferencia más precisa que ésta entre los artistas de las escuelas inferiores y los de las más nobles. Los primeros *colorean para lograr la comprensión*, mientras que los segundos *logran la comprensión por medio de los colores*. Espero que se haya dicho ya bastante para demostrar la nobleza del color, si bien se trata

de un tema sobre el cual me extendería siempre que me refiriese a él. Puesto que no hay ningún otro tema sobre el cual sea necesario insistir tanto, principalmente a causa de los recelos de las personas que no saben apreciar los colores, las cuales, al no estar preparadas para comprender que sus capacidades son tan divinas y significativas como las de la música (muchísimo más variada tan sólo en sus armonías), se refieren a él como si fuera algo inferior y servil en relación a todas las demás capacidades del arte. Sin embargo, la verdad es tan distinta, que allí donde aparece tiene

que tomar protagonismo, y a pesar de todo lo que sea sacrificado por él, siempre tiene que ser correcto. Con la música ocurre en parte lo mismo: depende de nosotros que acompañemos o no un poema con música. Pero si lo hacemos, la música *tiene* que ser correcta, ni disonante ni inexpressiva. La calidad y la dulzura del poema nunca podrán salvarlo, en caso de que la música sea chillona o falsa. Sin embargo, si la música es correcta, el poema puede ser insípido o inarmónico, puesto que se salva gracias a las notas a las que va unido. Y esto es todavía más cierto en el caso del

color. Si no fuera correcto, nada sería correcto. Ningún aumento de la expresión o de la invención puede salvar un cuadro mal coloreado. Por otra parte, si el color está bien, no hay nada que no pueda lograr o salvar. Por tanto, allí donde el color interviene por completo, cualquier cosa *puede* serle sacrificada, e incluso si es falso o débil, todo *debe* serle sacrificado.”

(...)

29. Como he dicho antes, otro de los peligros al que estamos expuestos principalmente en las circunstancias de nuestra vida actual es la búsqueda de placeres vanos, es decir, de placeres falsos; de un goce que en realidad no es un goce; de un conocimiento vanamente acumulado que en realidad no es un conocimiento. Y estamos sobre todo expuestos a esto por el hecho de que hemos dejado de ser niños. Puesto que el niño no busca placeres falsos. (...) En cierto modo, me parece que la civilización moderna sacrifica muchos placeres puros y verdaderos por ciertas formas de ostentación de las cuales nunca podrá recibir fruto alguno.

(...)

30. (...) Me parece que en el mundo civilizado moderno hacemos este sacrificio por partida doble: primero, cuando trabajamos con objetivos meramente ambiciosos; y segundo –lo que representa el aspecto principal de la cuestión–, cuando nos avergonzamos de los placeres sencillos, especialmente del placer por los colores y las formas dulces, un placer por supuesto tan necesario para la perfección y la virtud del hombre, que se ha prodigado profusamente en todas las creaciones, con el fin de que se convierta en el alimento de todos ellos, y de un modo tan intrincado y sutil que puede expresar a fondo los pensamientos de todos ellos. Si nos resistimos a aceptar el deleite natural que la Deidad nos proporciona con ello, entonces tendremos que volvernos ascetas, o bien tendremos que buscar placeres bajos y sucios que sustituyan a los del Paraíso, negados por nosotros mismos.

(...)

31. (...) Sin embargo en la Edad Media era distinto. (...) Incluso el esplendor y la fantasía de los vestidos, que en la actualidad queremos menospreciar, o que, incluso cuando los aceptamos, sólo están al servicio de la vanidad, y por tanto para nuestro daño infinito, en aquellas épocas tempranas eran concebidos por amor a su auténtica belleza y honorabilidad, y constituían una de las principales ayudas a la dignidad en el carácter y a la cortesía en el porte.

(...)

33. Exactamente análoga a esta destrucción de la belleza de los vestidos fue la de la belleza de la arquitectura. Sus colores, su gracia y su fantasía fueron sacrificados progresivamente a las formas bajas del Renacimiento, exactamente igual como el esplendor de lo caballeresco se marchitó en la vileza de la moda. Y fijaos en la forma como se produjo la inevitable reacción; inevitable, puesto que no era posible que uno de los instintos más fuertes de la raza humana se viera privado de golpe de su alimento natural. Exactamente en el mismo grado en que los arquitectos suprimieron de sus edificios aquellas fuentes de deleite que en otras épocas habían contenido tan profusamente, reclamando, de acuerdo con los nuevos principios del gusto, la proscripción de los colores alegres y de la sana invención, en este mismo grado el espíritu de los hombres empezó a volverse hacia el paisaje como único recurso. La escuela de arte pintoresca surgió para dirigirse a aquella capacidad de disfrute que en la escultura, en la arquitectura o en los caminos más elevados de la pintura no encontraba objetos de satisfacción. Y las sombras de Rembrandt y el salvajismo de Salvator atrajeron una admiración que dejó de estar permitida hacia lo sombrío o lo grotesco en las naves góticas. De este modo, la escuela inglesa de paisaje, culminando con Turner, no es en realidad nada más que un saludable esfuerzo por llenar el vacío dejado por la destrucción de la arquitectura gótica.

34. Sin embargo, dicho vacío no pudo ser llenado por completo. Ni siquiera pudo ser llenado en un grado considerable. El arte del paisaje nunca será lo bastante interesante o satisfactorio para el espíritu de los hombres implicados en la vida activa, u ocupados principalmente en temas prácticos. El sentimiento y la imaginación necesarios para introducirse de lleno en las formas románticas del arte son básicamente característicos de la juventud, de modo que casi todos los hombres, a medida que crecen en edad, y algunos de ellos incluso desde su niñez, deben ser llamados, por lo menos algunos, por el arte directo y sustancial, el cual debe ser puesto ante su mirada cotidiana y debe conectar con sus intereses cotidianos. Ninguna forma de arte cumple tan bien estas condiciones como la arquitectura, la cual, puesto que puede recibir ayuda de todos los tipos de espíritu de los artesanos, puede dirigir todos estos tipos de espíritu hacia el espectador, obligándose a hacerse notar incluso en sus momentos más lánguidos, y disfrutando de la ventaja principal y peculiar de que es propiedad de todos los hombres. Los cuadros y las estatuas pueden ser celosamente apartados por sus propietarios de la mirada pública, y hasta cierto punto su seguridad exige que sean efectivamente apartados. En cambio, los exteriores de nuestras casas no nos pertenecen tanto como a la persona que pasa, y sean los que sean el coste y el esfuerzo que hemos invertido en ellos, en muchas ocasiones para exhibir ostentación, por lo menos producen el efecto de benevolencia.

RUSKIN, John. *Las piedras de Venecia*. Madrid: Consejo General de la Arquitectura Técnica de España, 2000, pp. 491-497